

Padre san Felipe Neri. *Paternitas, fraternitas, libertas et hilaritas in Christo*

Enrique Santayana Lozano

FACULTAD DE TEOLOGÍA SAN DÁMASO

MADRID

RESUMEN El presente artículo presenta la figura de san Felipe Neri a partir de una pregunta actual: cómo transmitir y educar en la fe. La propuesta que observamos al recorrer la biografía del santo se resume en su propia vida, un itinerario de fe que es ofrecido a sus hijos espirituales para que caminen con él. Es la oferta de un padre, que genera una fraternidad y con ella un ambiente de libertad y de alegría. La libertad y la alegría que brotan de esta comunión –paternidad y fraternidad– sólo se entienden en el itinerario de la fe, que camina y progresa de Cristo muerto y resucitado a Cristo glorioso, que se encamina por tanto a la comunión trinitaria en Cristo.

PALABRAS CLAVE Felipe Neri, paternidad, fraternidad, libertad.

SUMMARY *This article approaches Saint Philip Neri from the viewpoint of the modern day question of how to transmit and educate in the Faith. The answer is found by studying the saint's life, a Faith-filled itinerary he handed down to his spiritual children so they could accompany him on the same path. This is the heritage of a father aiming at generating brotherhood in a freedom and joy context. And the Freedom and joy that spring from this paternal and fraternal sharing can only be grasped by understanding the progressive itinerary of Faith leading from Christ, dead and resurrected, to the glorious Christ. This journey of Faith must necessarily lead to a trinitarian communion in Christ.*

KEY WORDS *Philip Neri, fatherhood, brotherhood, freedom.*

I. INTRODUCCIÓN

Como sabrá el lector, san Felipe Neri no es un santo escritor. Además, antes de morir, hizo quemar los escritos salidos de su pluma que aún conservaba. No tenemos ningún escrito suyo que nos muestre teoría alguna sobre la educación cristiana. Tampoco ningún escrito de fin práctico –al modo de los “Ejercicios” de san Ignacio de Loyola– encaminado a la formación de una personalidad cristiana.

Sin embargo la influencia de san Felipe en los ámbitos de la formación y educación de la fe ha sido novedosa y grande. Un hijo espiritual de san Felipe, Silvio Antoniano, recogió en el libro *De la Educación Cristiana de los Jóvenes* (1574) lo que había aprendido observando a san Felipe. Años después de su muerte, san Felipe deja sentir su influjo no sólo en la educación en la fe que llevan a cabo los “oratorianos”, sino también en el apostolado de otras familias religiosas cuyos fundadores también recibieron su inspiración, en grados distintos y por vías diversas. Pienso, por ejemplo en San Francisco de Sales, en San Vicente de Paúl y en San Juan Bosco. Pero no es mi objetivo un estudio histórico de estas influencias.

El interés catequético de la figura de san Felipe no es el de la erudición histórica, sino el de la luz para el presente, para un tiempo en el que la transmisión de la fe, sobre todo en Europa, parece pasar por momentos oscuros. No tenemos escritos de orden teórico ni práctico, como ya he dicho. Su biografía es la que nos muestra una propuesta de la vida cristiana y su educación. Al volver la memoria hacia san Felipe, “el Apóstol de Roma”, podemos distinguir un camino concreto de educación en la fe.

Sin duda, el lector podrá objetar que los tiempos de san Felipe y los nuestros son bien distintos. Cierto, los problemas que podían experimentar en la Roma del siglo XVI son bien distintos a los de cualquier ciudad española o europea de nuestra época. Sin embargo lo que podríamos llamar nosotros “la propuesta catequética” de san Felipe está tan en la médula de la esencia del cristianismo, tan en el núcleo de la naturaleza del hombre, tan en el corazón de la vocación cristiana, que sigue siendo válida.

Pero sobre todo, si me parece valiosa la propuesta de san Felipe, no es porque podamos nosotros construir una argumentación teológica que justifique o ensalce los principios de su acción evangelizadora. Es valiosa porque de hecho hoy sigue siendo cauce de descubrimiento de la fe, de iniciación en la vida cristiana y de progreso en el camino del seguimiento de Cristo.

Lo que a continuación se leerá sobre san Felipe, en su esencia, sigue viviéndose hoy en el Oratorio, y no por un esfuerzo de imitación, sino como consecuencia del cuidado y de la providencia divina. Cuando hace cuatro años unos pocos amigos descubrimos a san Felipe, el Oratorio y su Congregación, nos sorprendimos al comprobar que algo del pasado, ya sancionado por la Iglesia y por Dios, se pareciera asombrosamente al camino que nosotros habíamos recorrido. El conocimiento de la vida que Dios generó alrededor de

san Felipe fue el reconocimiento de nuestra propia vida, aunque con muchas más imperfecciones y limitaciones.

Por tanto, no estamos hablando de una experiencia lejana, curiosa pero apta sólo para circunstancias pretéritas, sino de una experiencia viva en el presente de la Iglesia. Y también, de una experiencia que permanece muy cerca de la esencia del cristianismo y del proceso por el cual un hombre llega a ser cristiano, se consolida como tal y progresa en el camino de la santidad. Se ponen así al descubierto algunos elementos esenciales que pueden ayudar a afrontar hoy la tarea de la evangelización y de la educación para la vida cristiana.

La ausencia de escritos del padre Felipe nos ayuda en realidad a poner la atención en su biografía. También este hecho es providencial, porque su “método” educativo consiste, básicamente:

Primero Paternitas: San Felipe hace partícipes a muchos de su propia existencia, de su propio camino hacia Dios a través de su paternidad espiritual. Él toma sobre sí la vida entera de sus hijos, y su solicitud paterna alcanza todos los detalles y necesidades. Y sin pretenderlo, su cuidado provoca en muchos la adhesión a su persona, a su vida cotidiana, al paso de sus días. Su solicitud paterna provoca la adhesión de sus hijos. Sencillamente buscan estar con él e ir con él. En el ejercicio de su ministerio sacerdotal, no sólo se ve impelido a la predicación, a la confesión y a la guía de las almas, por decirlo así, “desde el confesionario”. Estos elementos son determinantes en su vida y a ellos se dedicó siempre. Pero él da un paso más al admitir en su compañía y bajo su responsabilidad a todos estos que se acercan a él y quieren participar de su vida. Hace de su vida, de su oración, de su fe, el ámbito donde otros se encuentran y siguen a Cristo. San Felipe se queda sin vida privada, en el ejercicio de su paternidad. En pocas ocasiones puede verse una aplicación tan directa y tan radical de aquel método educativo que Cristo usa en el Evangelio con los Apóstoles: “Rabbí –que quiere decir Maestro– ¿dónde vives?. Les respondió: ‘Venid y lo veréis’. Fueron, pues, vieron dónde vivía y se quedaron con él aquel día” (Jn 1,38-39).

Segundo Fraternitas: esta paternidad genera una relación de fraternidad. Paternidad y fraternidad son las dos caras de la comunión y de la caridad. Más adelante abundaremos en este elemento fundamental para el oratorio.

Tercero Libertas: la verdadera caridad, paterna y fraterna, dada y ofrecida de antemano, anterior a cualquier respuesta personal, hace posible un es-

pacio de relaciones humanas donde lo esencial está dado sin condiciones previas. Es un espacio de libertad. Es una libertad del espíritu, que así es requerido a secundar la vida que se le da con el ejercicio cotidiano del amor filial y fraterno, en la adhesión al mismo camino de fe. Así, por un lado, la libertad se expresa en una vida común no reglada de forma estricta y meticulosa, al tiempo que exige su continuo ejercicio, lo que fomenta el mérito y el crecimiento personal en el camino de la santidad, en el camino hacia Dios. La libertad es condición para la comunión. Sin libertad el hijo o el hermano dejan de ser el término del amor y se convierten en mera extensión del yo.

Cuarto Hilaritas: aún en la condición de peregrinos, con todos los sufrimientos, tentaciones y tribulaciones propios de esta vida, la caridad, la comunión, la libertad de espíritu en el camino de la fe, tienen como efecto una profunda y visible alegría. Ingresar en esta comunión es ingresar no sólo en un ámbito de afecto humano, sino en el camino de la fe. Éste es un camino que nace del amor de Dios ya dado en Cristo y que tiene como meta la participación plena en la vida del Hijo, es decir, la comunión de la Santísima Trinidad. El principio y el fin de este camino de la fe y la participación en la comunión que nos injerta realmente en él, haciendo vivo el amor dado ya por Cristo y anticipando la comunión trinitaria, tiene como fruto natural la alegría¹.

Estas son las notas del itinerario de fe en el que san Felipe injerta a sus hijos. De ahí el subtítulo que he elegido para presentar a san Felipe: "*Paternitas, fraternitas, libertas, et hilaritas in Christo*".

Intentemos, pues, acercarnos a san Felipe. No podremos parar en los detalles, pero no puedo dejar de desear para mí mismo y para el que lee, lo mismo que deseaba el beato John Henry Newman, uno de sus hijos más insignes:

Quisiera contemplarlo, si fuera posible, no meramente en esta o aquella acción, sino como persona. Quiero representármelo de tal manera, que los aspectos más opuestos o aparentemente irreconciliables de su conducta, tal como los detallan sus biógrafos, por el solo hecho

1 La elección del término "hilaritas" en lugar de otros que podrían sonar más acordes con la gravedad propia de los santos, como "letitia", sólo puede entenderse en un acercamiento mayor al carácter de san Felipe Neri.

de verle se entiendan inmediatamente y se armonicen unos con otros. Quiero poseer aquella visión viva del mismo que sea una clave animada de todo lo que recogió la tradición oral o escrita referente a él².

II. APUNTE BIOGRÁFICO

San Felipe nació en Florencia en 1515, moriría en Roma en 1595³. En Florencia creció bajo la influencia de los dominicos de san Marcos⁴. Siempre se consideraría en deuda con ellos. En 1533 es enviado a san Germán, junto a Monte Casino, para que un pariente lo inicie en el comercio. Frecuenta una capilla solitaria dedicada a la Santísima Trinidad. Allí ve claro que debe “abandonar a su tío y su riqueza para ponerse al servicio directo de Dios”⁵ y “en torno a 1534 abandona San Germán, el pariente y el comercio, y se encamina a Roma”⁶.

Felipe supo el paso que tenía que dar, pero desconocía el camino que se abría ante él. “San Felipe, que ya tenía dieciocho años, no descubrió su lugar propio en la historia de la Iglesia hasta el año 1575, cuarenta después”⁷.

Entró en Roma joven y pobre, sin familia ni conocidos. A partir de aquí podemos diferenciar cuatro grandes etapas en la vida de san Felipe, ya siempre en Roma.

2 J.H. NEWMAN, *La vocación oratoriana* (Barcelona 2004), 51-52.

3 Las notas biográficas están tomadas fundamentalmente del libro ya dicho de Newman y de A. CISTELLINI, *San Felipe Neri, Breve historia de una vida grande* (Alcalá de Henares 2009). En esta segunda obra se puede encontrar una bibliografía más amplia sobre la vida de san Felipe. Cistellini es también el autor de la más amplia biografía actual de san Felipe: *San Filippo Neri. L'Oratorio e la Congregazione oratoriana*, I-III (Firenze, 1989).

4 Es el mismo convento donde beato Angelico había vivido y desarrollado gran parte de su pintura. Y también el convento de Fray Jerónimo Savonarola, muerto en 1488, pero que en tiempo de san Felipe aún dejaba sentir su fuerza moral.

5 NEWMAN, *La vocación oratoriana*, 57.

6 CISTELLINI, *Breve historia*, 15.

7 NEWMAN, *La vocación oratoriana*, 57.

1. LA PRIMERA (1535-1551): HASTA SU ORDENACIÓN SACERDOTAL.

Los diez primeros años están marcados por este peregrinar en soledad, en búsqueda paciente, en espera. Se trata de “un largo noviciado que él mismo se impuso”⁸. El fin de estos años de contemplación solitaria viene señalado por una efusión del Espíritu Santo. Es también el inicio del ejercicio del apostolado y de la caridad, un camino que le lleva al sacerdocio.

La educación recibida en san Marcos le facilitó la supervivencia de los primeros años. Un florentino lo tomó como preceptor de sus dos hijos, a cambio de habitación y una modesta gratificación. La enseñanza básicamente consistía en los clásicos latinos. Tenía una sensibilidad especial para la literatura y para toda manifestación de talento. Dos años después comenzó a frecuentar las clases de filosofía y teología. Y también comenzó a visitar y a atender a los enfermos en los hospitales. Lee espiritualidad y gasta su tiempo meditando en los pórticos de las iglesias. “Su particular devoción es la visita de las Siete Iglesias, antigua forma de piedad popular, que comienza a practicar solo”⁹. En este ejercicio espiritual descubrió las catacumbas de San Sebastián. A partir de entonces se convertirán en lugar privilegiado de oración. Dedicaba hasta diez horas diarias a la oración.

“Buscó a su Dios en los antiguos escondrijos y sepulcros de su pueblo y lo encontró”¹⁰. En 1544, con veintinueve años, en las catacumbas de san Sebastián, poco antes de Pentecostés, mientras imploraba los dones del Espíritu Santo, irrumpió de forma visible el Espíritu Santo. Los efectos espirituales se harán pronto evidentes, pero aquello dejó también señales en su cuerpo hasta la muerte: dos costillas levantadas que formaban un abultamiento visible en el lado izquierdo del pecho; violentas palpitations del corazón, que muchos pudieron percibir; y extenuantes calores, aún en invierno, lo que le obligaba a ir siempre con el cuello de la camisa abierto.

La efusión del Espíritu Santo convirtió al solitario de las catacumbas en un predicador seglar. Deja a un lado su querida soledad y comienza una vida apostólica. Jóvenes aprendices, empleados de comercios y todo tipo de gente sencilla, empieza a congregarse en torno a su persona y a la iglesia de

8 NEWMAN, *La vocación oratoriana*, 58.

9 CISTELLINI, *Breve historia*, 19-20.

10 NEWMAN, *La vocación oratoriana*, 63.

San Jerónimo de la Caridad, que él frecuenta a partir de 1547 y donde encuentra confesor: el padre Persiano Rossa. Junto a él, en 1548 forma una asociación que tiene como centro el culto eucarístico y a la que se le encomendará, durante el año jubilar de 1550, el cuidado de los peregrinos y convalecientes. Felipe, lleno de juventud y alegría, aún laico, dirige sus fervientes y largos sermones a un grupo creciente. Es la hermandad de la “Santísima Trinidad de los peregrinos”. Su confesor lo dirige hacia el sacerdocio. Es ordenado el 29 de mayo de 1551, con 35 años.

2. LA SEGUNDA ETAPA (1551-1564): LA FORMACIÓN Y DESARROLLO DEL ORATORIO.

Ya ordenado sacerdote, Felipe traslada su residencia a la iglesia de san Jerónimo. Allí da comienzo la actividad en la que consumirá el resto de su vida: la confesión y la guía de las almas. “Justo en aquel tiempo... en las primeras fases del Concilio [de Trento], la práctica de la dirección espiritual cobró una amplia difusión”¹¹. Pronto, el presbítero de san Jerónimo se convertirá en el “confesor de Roma”¹².

Junto al ejercicio de la confesión, aparece algo que será característico del método educativo de san Felipe: la relación familiar. Los que se acercan a él “se convierten en sus familiares. Los coloquios espirituales comenzados... en el confesionario, se prolongan en el pequeño aposento de arriba, donde el Padre admite en cordial familiaridad a aquellos pocos que el exiguo espacio consiente”¹³.

Así empieza a gestarse el Oratorio. “Se leían páginas edificantes... Seguía un comentario del Padre... Alguno intervenía, se dialogaba, y se continuaba discutiendo largamente, sin programa ni tiempo determinado”¹⁴.

En 1554 la habitación de san Felipe resultó excesivamente pequeña y le permitieron reunirse en el entretecho de la iglesia. Nació el Oratorio, nutrido de gentes de muy diferente educación, condición social y oficios. Alrededor de 1558, cuando Felipe tenía ya cuarenta y tres años, atrajo a una vein-

11 CISTELLINI, *Breve historia*, 25.

12 Cf. NEWMAN, *La vocación oratoriana*, 53.

13 CISTELLINI, *Breve historia*, 25-26.

14 *Ibid.*, 26.

tena de jóvenes de clase elevada, de los que acudían a Roma para hacer carrera a la sombra de algún cardenal. Entre ellos había escritores, médicos, músicos y estudiantes. Fueron sacados de una vida mundana y ganados para una vida de fe. Muchos de ellos llegaron a ser sacerdotes, monjes y también cardenales. De ellos, los más celebres serían Francisco María Tarugi y César Baronio¹⁵.

El ejercicio del oratorio duraba aproximadamente tres horas. Sus reuniones, prácticamente diarias, se desarrollan de forma espontánea, hasta constituir lo que se llamó el “oratorio grande”. Encontramos allí: lectura de vidas y máximas de santos, sermones sobre temas espirituales, coloquios donde se resuelven dudas y se profundiza en los temas, y también exposición sobre la historia de la Iglesia.

Pero finalizado el “oratorio grande”, un grupo más restringido continúa con algunas prácticas de piedad, oración mental y algunas oraciones bocales. Se trata del “oratorio parvo”. Se reúnen también los domingos para prepararse a la misa y visitan a los enfermos en los hospitales. En la práctica, este grupo menos numeroso formaba una especie de fraternidad, pero sin listas ni promesas, con la máxima libertad para entrar o salir.

El gusto del padre Felipe por la música hizo que se introdujese en los ejercicios del oratorio cantos de alabanza en latín y en italiano, cantos simples, de estructura monódica. La presencia de músicos de valía¹⁶, elevó pronto la calidad de aquellos cantos.

Los días festivos, cuando el tiempo era favorable, el oratorio se desarrollaba al aire libre, en un jovial paseo, con paradas en cualquier jardín, claustro grande o en las laderas desde las que se podía disfrutar de la vista de Roma. Allí se hacían las lecturas y los coloquios. Había entonces más tiempo para el canto y la música. Los niños que acompañaban al grupo también cantaban y jugaban. Felipe lo hacía con ellos.

Práctica habitual fue también la “Visita a las Siete Iglesias”, una especie de peregrinación festiva por las basílicas más famosas de la Urbe. A esta “visita” se unía una gran cantidad de gente, hasta varios miles, entre ellos los novicios dominicos o el joven cardenal Carlos Borromeo.

15 Los dos fueron luego cardenales. Baronio es el autor de los *Anales Eclesiásticos*.

16 Entre los primeros: Juan Animuccia, Francisco Soto, Juvenal Ancina.

Pero el espíritu apostólico de san Felipe le hace plantearse seriamente la posibilidad de irse como misionero a América. Sus consultas recibieron una respuesta que tomó como venida del cielo: “¡Tus Indias son Roma!”. Aquella respuesta significó la estabilidad de la obra comenzada en la Urbe: el Oratorio.

3. LA TERCERA ETAPA (1564-1593): EL DESARROLLO DE LA CONGREGACIÓN DEL ORATORIO EN SANTA MARÍA DE LA VALLICELA.

En 1562 san Felipe sufre una grave enfermedad que parece su fin, pero se recupera. En 1564 es llamado y obligado a hacerse cargo de la iglesia de S. Juan de los Florentinos. Para poder cumplir sus deberes ministeriales hizo ordenar a sus discípulos más preparados y dignos de confianza. Pero no sólo fueron ordenados, comenzaron vida común en la Iglesia de san Juan de los Florentinos. San Felipe, sin embargo, mantuvo su residencia en san Jerónimo. Ese

continuaba siendo el lugar donde se tenían los ejercicios, y un grupo de miembros de la comunidad de san Juan de los Florentinos, durante un largo período de diez años, iban tres veces al día de san Juan a san Jerónimo, por mucho que cambiara el tiempo, para los sacramentos, la predicación y la plegaria... No tenían superior en la casa, al parecer san Felipe los gobernaba desde san Jerónimo, tenían la bolsa común y les unía un profundo afecto mutuo¹⁷.

En 1567 vivían en la misma casa de S. Juan dieciocho personas. Era el inesperado germen de la “congregación” del Oratorio. En ese año san Felipe empieza a recibir peticiones de colaboración: el primero de ellos, san Carlos Borromeo.

El grupo de los jóvenes sacerdotes fue en aumento en los años sucesivos. En 1574 los florentinos construyen a sus expensas, junto a la iglesia, un nuevo oratorio. Y observa Newman:

17 NEWMAN, *La vocación oratoriana*, 109.

Llegamos ahora al año 1574, cuando san Felipe tenía cincuenta y nueve. Permittedme aquí subrayar uno de los puntos más notables de la vida del santo: la parsimonia con la que se dejó llevar hasta el término de la obra que tenía encomendada. De hecho no hemos de identificar sin más su obra con la Congregación del Oratorio, porque fue Apóstol de Roma independientemente de ella. Confesó, predicó, convirtió, fundó instituciones en la ciudad, formó a santos, mientras que su Congregación sólo lentamente iba surgiendo... ella es la consecuencia de su vida, y es curioso poner en contraste el lento proceso con que se formó una institución que iba a hacer tanto, con la rapidez que acució a algunos otros santos, que por sus afanes consiguieron florecientes resultados. Tenía treinta y seis años antes de ser tonsurado, sin bien entonces avanzó sin los intervalos reglamentarios en el camino hacia el presbiterado y enseguida empezó las sesiones de diálogo en su habitación. Pasaron siete años más antes de que las trasladara a su primer Oratorio sobre la iglesia de san Jerónimo; y seis años más antes de que le pusieran a cargo de san Juan de los Florentinos y empezara su Convitto o comunidad. Pasaron diez años más y llegamos a 1574, el setenta aniversario de la vida de san Felipe¹⁸.

Construido el nuevo Oratorio, se trasladaron allí los ejercicios, pero no fue por mucho tiempo. Se levantaron calumnias y una fuerte oposición contra san Felipe. No era la primera persecución que sufría, ya las había padecido cuando dieron comienzo los ejercicios en su habitación de san Jerónimo. Más tarde el Vicario General de Roma también vio inapropiada la compañía con la que visitaba las Siete Iglesias. Y aún después le acusaron ante Pío IV de doctrinas dudosas.

“San Felipe empezó a ver que, si sus seguidores habían de gozar de estabilidad, no tenían que depender de otros”¹⁹. “No tardó en ponerse a la búsqueda de un nuevo ambiente para poder desarrollar con plena libertad su ministerio de iglesia y de Oratorio”²⁰. Así las cosas, el Papa Gregorio XIII, en 1575, puso en manos de Felipe la iglesia de Santa María de la Vallicella para

18 Ibid., 110.

19 NEWMAN, *La vocación oratoriana*, 110

20 CISTELLINI, *Breve historia*, 55

los habituales ministerios parroquiales y los ejercicios del Oratorio. “El motivo concreto por el cual se escogió esta iglesia era que estaba situada en un lugar frecuentado más a menudo por numerosa población y fácil de encontrar para los que acudían”²¹. Además la bula erigía canónicamente la Congregación de sacerdotes y clérigos seculares del Oratorio.

Los miembros de la Congregación entendieron desde el principio que, además de las labores parroquiales, su función era servir al Oratorio del que habían surgido como fraternidad. Y en las constituciones definitivas (de 1612) quedó recogido lo que desde el inicio fue siempre el verdadero y único vínculo entre los miembros de la Congregación, igual que del Oratorio, el solo vínculo de la caridad, sin votos, juramentos o promesas, aunque con la voluntad firme de permanecer juntos hasta el fin.

En el mismo año de 1575 san Felipe afrontó la ampliación de la Iglesia. Y en febrero de 1577 se celebra la primera misa en la iglesia nueva, aunque aún quedaría mucho para que toda ella estuviese concluida (en 1591). En los años sucesivos la Congregación fue tomando su forma definitiva, la que será norma para las futuras Congregaciones del Oratorio, nacidas a su imagen.

Durante todos esos años, además del Oratorio, con sus ejercicios, el Padre gastaba su tiempo y sus fuerzas en el confesionario, donde permanecía largas horas, atendiendo a una siempre abundante fila de penitentes.

Pero al igual que había ocurrido en san Jerónimo, San Felipe prolongaba su actividad con una constante atención, consejo y diálogo en su propio aposento. Allí llegaban sus hijos espirituales, cardenales y hombres ilustres de aquella hora de la Iglesia. La influencia del Padre se extendía por ellos mucho más allá de Roma.

4. LA CUARTA ETAPA (1593-1595): DE LA RENUNCIA HASTA SU MUERTE.

Esta etapa se inicia con su renuncia al cargo de prepósito de la Congregación, en julio de 1593, y llega hasta su muerte el 26 de mayo de 1595. Dos años marcados por el sufrimiento físico y, sobre todo, por las paternales y afectuosas atenciones hacia los suyos. La enfermedad y el peso de los años hicieron que san Felipe, en 1593, con sesenta y ocho años, dejase su cargo

21 NEWMAN, *La vocación oratoriana*, 111

de prepósito de la congregación, para lo cual tuvo que recurrir al consentimiento del Papa. César Baronio fue el sucesor elegido.

Lo que no abandonó fue el confesionario. Sólo cuando su salud lo hacía imposible faltaba a él. Y junto al confesionario, el coloquio constante con sus hijos, ya maduros, que parecen no querer desaprovechar un instante para estar y aprender de él. Testigo de la amabilidad de estos coloquios es el cardenal Alejandro de Medici, luego León XI, que, ya muerto san Felipe, se dirige a san Carlos Borromeo, hablando con estas palabras: “Desde que falta meser Felipe se me ha privado de una gran consolación y refugio en mis dificultades y escrúpulos”²².

Ningún tema estaba ausente de aquellos coloquios. Se hablaba de las obras de los Padres de la Iglesia, de la vida de los santos, de cualquier asunto teológico y, sobre todo, de la vida cristiana. Pero la idea que podemos hacernos de estos diálogos será siempre incompleta si no recordamos una característica de la personalidad de san Felipe, atestiguada, al menos, desde que su vida se abre al apostolado: la alegría; más aún, la hilaridad, el carácter chistoso y muchas veces burlón y jocoso del padre Felipe.

Vale la pena reflexionar sobre el carácter jovial de san Felipe a la luz de los cuatro elementos que, al principio de este artículo, enunciaba como los que conforman el método educativo del santo: paternidad, fraternidad, libertad y alegría. San Felipe insiste: la alegría es fruto del Espíritu Santo y un antídoto contra el pecado²³. Pero quisiera hacer notar que el Espíritu Santo es siempre el Espíritu de aquel que ha sido Ungido con él, y hace partícipe a su Cuerpo de dicha Unción. Es decir, el Espíritu Santo hace referencia a Cristo, que es para el Padre Felipe el centro de la vida cristiana. Es famosa su máxima: “El que quiere otra cosa que Cristo, no sabe lo que quiere; el que pide algo que no sea a Cristo, no sabe lo que pide; el que trabaja y no por Cristo, no sabe lo que hace”²⁴. La alegría es fruto de una vida en comunión que pone al hombre en el camino de la fe, el camino que va del amor de Cristo crucificado al amor de la Trinidad en la vida eterna. En este camino el Espíritu Santo

22 CISTELLINI, *Breve historia*, 81

23 “Atended a la pureza de corazón, porque el Espíritu Santo habita en las almas cándidas y sencillas y él es maestro de la oración y nos hace estar en continua paz y alegría que es un gusto anticipado del Paraíso”. (en CISTELLINI, *Breve historia*, 83).

24 *Ibid.* 76.

es referencia a Cristo, memoria y anticipo. Memoria de los acontecimientos definitivos de la salvación, ante los cuales brota la fe apostólica, y anticipo de los bienes salvíficos definitivos. Memoria viva de aquel amor crucificado y resucitado, anticipo del amor satisfecho y pleno que esperamos cuando compartamos definitivamente la Victoria de Cristo.

Del sentido que la fe da a este camino se desprende la alegría y la hilaridad de san Felipe, para nada ingenua. La conciencia del origen de todo (“Creador de todas las cosas”), le hace reconocer de forma espontánea y jovial la bondad natural del mundo²⁵. Pero, al tiempo, el deseo constante del amor definitivo, le hace experimentar su carácter instrumental y su vanidad: “Nada encuentro en este mundo que me agrade, y me gusta que nada me guste”²⁶. El desapego del mundo no es para san Felipe, fundamentalmente resultado de un espíritu melancólico, sino de un espíritu que espera el amor definitivo. De ahí que la insistencia en la búsqueda de la vida eterna sea uno de los elementos fundamentales del magisterio de san Felipe: “El auténtico servidor de Dios, toma la vida con paciencia y la muerte con avidez”²⁷. En la alegría de san Felipe encontramos pues varios ingredientes, entre ellos: la confesión de Dios Creador de todo, la memoria de Cristo, la comunión y la caridad fraterna y, sobre todo, la esperanza de que la relación personal con Cristo alcance su culmen.

Es fácil entender así que la otra gran ocupación de san Felipe, sobre todo al final de su vida, fuera la Eucaristía.

En los últimos meses, sobre todo, celebraba en una pequeña estancia, habilitada para capilla, donde sus interminables misas se convirtieron desde entonces en legendarias. A veces, después de la consagración, con el cáliz lleno, quería quedarse solo largo tiempo y hacía cerrar la puertecita de la que colgaba el cartel por él preparado: “El Padre dice misa”.

25 Así escribe a una sobrina monja: “Todas las cosas terrestres muestran la bondad del Creador: el sol derramando su luz, el fuego, el calor; cada árbol extendiendo sus brazos, que son sus ramas y ofreciéndonos la fruta que produce, y el agua, el aire, y toda la naturaleza expresa la libertad del Creador”. En CISTELLINI, *Breve historia*, 87.

26 En CISTELLINI, *Breve historia*, 88.

27 En NEWMAN, *La vocación oratoriana*, 63.

A principios de mayo de 1595 empeoró, revisó su testamento e hizo quemar todos sus papeles. El 22 de mayo, el entonces cardenal Carlos Borromeo, que por aquellos días se alojaba en la casa de la Congregación, le administró el viático. Experimentó una recuperación y el día 25, *Corpus Christi*, recibió desde temprano penitentes en su aposento. Al final de la mañana celebró su última misa. Por la tarde escuchó algunas confesiones. Al anochecer recitó el breviario con los que le acompañaban. En mitad de la noche empeoró. Y en la madrugada del día 26 de mayo murió. “Nuestro bienaventurado Padre esta noche a las seis y media se ha ido a gozar el premio de sus fatigas, sin fiebre y sin mal”²⁸.

III. NATURALEZA DEL ORATORIO

La pequeña biografía que he trazado del padre Felipe da cuenta de la diferencia entre el Oratorio, una agrupación propiamente laical, y la Congregación del Oratorio, que nace para servir a la primera. Pero los principios educativos del Oratorio son los que regulan la vida de la Congregación. Así que al tratar ahora de la naturaleza del oratorio, como la obra educativa de san Felipe, donde nosotros podemos ver reflejada su servicio a la transmisión y al crecimiento de la fe, hablaremos de las dos realidades, pasando sin muchas distinciones de una a otra.

Tal como hemos leído antes en Newman, el oratorio es la consecuencia de la vida de san Felipe²⁹. Nace como una forma de participación en la existencia y en camino de fe del propio san Felipe. Es una comunión de su propio itinerario espiritual. El oratorio surge fundamentalmente como una fraternidad generada por el fecundo amor de un “padre”, san Felipe.

Ahora, ¿en qué consistía esta vida de san Felipe, de la que hizo partícipes a sus hijos? ¿Cuál era la clave de su itinerario espiritual? La respuesta es clara: la vida de fe de san Felipe se había formado y consistía en un habitual y familiar coloquio con Dios. Baste recordar los primeros diez años que pasó en Roma. Y su vida no consistió sino en avanzar en la escucha y en la obe-

28 CISTELLINI, *Breve historia*, 84-85.

29 Cf. nota 18.

diencia a Dios. El oratorio nace al admitir a sus hijos en medio de este diálogo vital con Dios. Y así, sin ningún esfuerzo, pudo hacer del coloquio, que gira sobre la Palabra de Dios, sobre asuntos espirituales y morales, algo absolutamente normal y cotidiano y desarrolló ese coloquio huyendo de todo atisbo de afectación, de amaneramiento o “pose espiritual”, en un hablar sencillo –lejos del estilo académico–, siempre dirigido al hombre real, a su inteligencia, a su voluntad y a su corazón.

Fuego, fe y hierro. Fuego para encender el corazón del que razona; fe para esperar de quien daba el Espíritu, lo diese ahora al presente; hierro para cortar la propia voluntad y estabilizarla en la santa obediencia de quien años y años nos ha guiado³⁰.

El alejamiento de toda afectación, es decir, el amor a la verdad sencilla será una de las notas de san Felipe y de su educación.

San Felipe Neri tuvo siempre una especial repugnancia hacia todo tipo de afectación, en el vestir, en el hablar y en todo lo demás, tanto en él mismo como en los otros. Huía de toda ceremonia que oliera a mundano bien parecer e insistía una y otra vez en la sencillez cristiana para todo, tanto que cuando tenía que tratar con gente acostumbrada a la prudencia de los hombres, le costaba ponerse a tono con ellos. Siempre que podía evitaba el trato con gente de doble cara, de esos que no son claros y directos en sus asuntos. En cuanto a los mentirosos, no podía soportarlos, y a sus hijos espirituales les recordaba continuamente que huyeran de ellos como de la peste³¹.

Ya sea al aire libre, ya en el interior de la iglesia, Felipe está rodeado siempre de niños y jóvenes, pero sin una actividad diferenciada del resto. Admite a todos al oratorio sin separarles por edad, clase social, preparación intelectual, etc. Los niños acuden al oratorio junto a los cardenales, los jóvenes junto a los médicos o los dependientes de los comercios. La alegría, las bromas, la sencillez, la bondad, el afecto, el cariño y, sobre todo, el espíritu de

30 Nicolás Gigli, en: CISTELLINI, *Breve historia*, 34.

31 JOHN HENRY NEWMAN, *Apología pro vita sua* (Madrid 1996), 26

padre se convirtieron en un atractivo para todos, niños o adultos. La paternidad no fingida ni calculada, sino espontánea y total, provocaba atracción y generaba fraternidad, que fue, desde el inicio, el núcleo del espíritu oratoriano y la herramienta principal en la formación cristiana.

San Felipe ofrece, sin decirlo, su compañía y su amor, alejado de toda ñoñería y cálculo, como el mejor antídoto contra el pecado. Frente a la soledad taciturna, que nos cierra sobre nosotros y nos debilita, sabe que el amor, que genera comunión y alegría, nos hace fuertes ante las tentaciones. Por eso a San Felipe, que gusta desde muy joven de la compañía íntima de Dios, no le importa el bullicio constante de niños y mayores a su alrededor, sabedor de que aquella relación familiar y alegre, les hace fuertes contra el pecado.

La presencia cotidiana de un sacerdote que hacía visible el amor y el cuidado, la autoridad y el magisterio, la ayuda y la cercanía que Cristo tenía respecto a los apóstoles, en un ambiente familiar y de plena libertad, fue la única metodología de san Felipe.

El ambiente familiar y de plena libertad no significa que el oratorio fuese un lugar de relativismo moral, donde se oculten o disimulen las consecuencias de los actos morales, al contrario. Pero ¿cuáles son los fundamentos del Oratorio?

1. EL FUNDAMENTO DEL AMOR

El Oratorio es un espacio de relaciones humanas –paternidad y fraternidad, tal como expusimos en la introducción– donde uno es acogido y amado con anterioridad a cualquier mérito. Este ámbito de relaciones expresa y actualiza un amor que uno no necesita conquistar con cada acción. Es un ámbito donde las obras no nacen para conseguir la aprobación, la estima o el reconocimiento. Donde no es necesario disimular lo que se es ni aparentar lo que no se es. El primer fundamento de esta libertad es, pues, el amor, la caridad.

Ahora, hay que dejar claro que esta caridad, que se expresa en la paternidad y en la fraternidad, viene de la participación en la vida de Dios. No hablamos del amor que espontánea y naturalmente nace del hombre, sino de la virtud sobrenatural del amor, infundida por Dios, que tiene a Dios como origen y también como meta.

Este es el primer fundamento de la libertad: el amor de Dios. El amor de Dios es la fuente de la vida de san Felipe y de la vida que genera a su alrededor, como prolongación de su propia vida, de su propia relación amorosa con Dios. Sólo el amor perfecto de Dios es el suelo donde crece y se sostiene el amor fraterno, siempre limitado. Sólo este amor es su meta, siempre buscada, siempre querida. El amor fraterno es fruto del amor de Dios, como su origen; es participación del amor de Dios, como amor vivo y presente; y es anticipo del amor de Dios, como su fin. Pero no se confunde con él y sólo de él espera la plenitud. Justamente por eso no genera la frustración propia de quien espera el amor perfecto del pequeño amor del hombre. Frente a la frustración de la idolatría, nace la alegría de quien goza ya de los signos del amor de Dios y espera su consumación. He aquí la importancia de la enseñanza que san Felipe, como tantos otros santos, dio a los novísimos, es decir a fijar en la inteligencia, en la voluntad y en el afecto el propio destino. Pero también se ve aquí la original influencia que las realidades últimas tuvieron en la conformación de la vida fraterna del Oratorio y de la Congregación del Oratorio.

La importancia de la fraternidad y de la estrecha amistad entre los miembros del Oratorio y, más aún de la Congregación, define la forma que san Felipe da a la Congregación de Roma y con ella a todas las demás congregaciones del oratorio. La importancia de la amistad personal es una de los elementos que exige que el número no sea grande y que su acción se limite a una localidad. Con ello san Felipe renuncia a la formación de una gran orden. La renuncia a los votos es también la afirmación de la amistad como único vínculo entre los miembros de la Congregación y del Oratorio³². “San Felipe insiste mucho en este principio de apego personal, cuando establece que una Comunidad nunca debe ser tan grande que los rostros de todos no sean conocidos de cada uno”³³.

Por eso la relación fraterna establecida por el Padre se ofrece para sorpresa de muchos, como una amistad hasta la muerte. En efecto, muchos se sorprenden y se extrañan de esta pretensión de una amistad estrecha, de la decisión de compartir casa y destino hasta la muerte, sin votos, ni promesas. Pero, a pesar de la sorpresa, nadie puede negar lo humano que resulta para

32 Cf. NEWMAN, *La vocación oratoriana*, 117

33 NEWMAN, *La vocación oratoriana*, 117

un amigo el deseo de permanecer junto a su amigo; para un padre, el deseo de tener cerca a sus hijos; para un hijo, querer ir de cerca tras los pasos de su padre. El oratorio es una amistad que se empeña hasta el fin en el camino hacia Dios. En este camino la Congregación del Oratorio es, sencillamente “la casa”, el “hogar”. Éste ha sido siempre el nombre que ha recibido la casa de las distintas congregaciones del oratorio nacidas a imagen de la originaria.

Pero nada más elocuente que un ejemplo vivo, el final de la *Apología* del propio Newman:

Termino esta historia tan personal con el nombre de san Felipe y en la fiesta de san Felipe. Siendo así, a nadie puedo dedicarla mejor en señal de gratitud y afecto que a los hijos de san Felipe, mis hermanos de esta casa, los sacerdotes del Oratorio de Birmingham: Ambrose Saint John, Henry Austin Mills, Henry Bittlesston, Edward Caswall, William Paine Neville y Henry Ignatius Dudley Ryder, que me han sido tan fieles, se han preocupado de mis necesidades, han disculpado mis defectos, me han llevado adelante en medio de tantas dificultades y no han ahorrado sacrificio que yo les pidiera; han sido alegres cuando yo transmitía desánimo y han hecho miles de cosas buenas de las que yo me he llevado el mérito. Con ellos he vivido tanto tiempo, y con ellos espero morir³⁴.

Sólo una relación así, una tal estabilidad, ofrece la libertad necesaria para enfrentarse cara a cara no sólo con las falsas acusaciones de los hombres, sino con el destino eterno. El amor de Dios ya gustado y aún esperado es, por tanto, el primer fundamento y la única finalidad de la libertad que san Felipe dio al Oratorio.

2. EL FUNDAMENTO DE LA VERDAD

En continuidad con este primer fundamento aparece el segundo: la verdad. La verdad del origen, del ser, del hacerse, y del destino del hombre es el amor de Dios. Ésta es la verdad definitiva que ilumina quién es el hombre,

34 NEWMAN, *Apología*, 271

que pone luz en su camino moral, que cura sus heridas, al tiempo que le hace progresar en el “camino justo”. La atención y la veneración a esta verdad que Dios ha revelado es el segundo fundamento y contenido de la libertad en la que san Felipe educó a sus hijos. De hecho su paternidad incluía una firmeza absoluta, que alguno podría tachar de intransigencia³⁵, en lo referente al contenido de verdad de la fe.

La vida familiar y libre establecida por san Felipe en la relación que él genera con sus hijos espirituales está fundamentada en la verdad de Dios, y en la verdad última del hombre y de cada ser en relación a Dios. Es la verdad que Dios ha revelado, y la verdad de la que ha vivido la Iglesia a lo largo de la historia. De ahí el valor que san Felipe da a la historia bíblica y, junto a ella, también a la historia de la Iglesia y a la vida de los santos. El valor dado a la historia tiene que ver con el valor de una verdad que se ha manifestado en ella y en ella es presente en el hoy de la Iglesia. Este valor de la historia es también una característica de la obra del padre Felipe. Hizo que la historia de la Iglesia fuese uno de los elementos de la formación del Oratorio. Su empeño germinó luego en la monumental obra de uno de sus hijos espirituales, *Los Anales Eclesiásticos*, de César Baronio. Seguramente san Agustín es el primero en introducir la historia de la Iglesia en la catequesis como parte de la narración de la historia de la salvación³⁶. Pero el puesto que san Felipe dio a esta historia en la educación cotidiana de la fe es singular.

3. EL EJERCICIO DE LA LIBERTAD

Conforme a la verdad del origen y del destino del hombre, el ambiente familiar y de libertad que sostiene al hombre en el amor cierto, se convierte en lugar de crecimiento personal en el ejercicio de la propia libertad. Ni el Oratorio, ni la Congregación del Oratorio, de san Felipe están regidos por un gran número de normas que lo lleven de la mano, por así decir, de la mañana a la noche. Al contrario, el Oratorio, es un lugar donde uno ha de elegir y ejercitarse en la libertad. Donde es necesario aprender a juzgar qué es

35 Cf. CISTELLINI, *Breve historia*, 78

36 Cf. SAN AGUSTÍN, “*De Catechizandis Rudibus*”, en: *Obras completas de san Agustín*, T. XXXIX (Madrid 1988) 464. 520.

lo más perfecto, conforme a la verdad de Dios, a obrar guiado por la caridad fraterna, a elegir y a asumir las consecuencias, a pedir perdón o a aceptar la corrección y la reprensión, tanto como el agradecimiento y la alabanza. La libertad es el espacio de la fe y del mérito, el lugar del crecimiento en la caridad, el lugar del perfeccionamiento humano en el seguimiento de Cristo. La libertad es la condición necesaria para que el hombre pueda llegar a “la unidad de la fe y del conocimiento pleno del Hijo de Dios, al estado de hombre perfecto, a la madurez de la plenitud de Cristo” (Ef 4,13). La libertad y la familiaridad son, por tanto la ocasión para la ascesis, el crecimiento en la fe, la esperanza y la caridad, la posibilidad para la perfección en Cristo.

La paternidad de san Felipe, por tanto, genera un ámbito de relaciones fraternas donde uno entra a participar de una corriente de fe y de amor que nace en Cristo, hecho hombre, muerto y resucitado, y tiende a Cristo, glorioso en la Trinidad. No se fundamenta en el sentimiento, en el gusto, en el capricho o en el juicio individual, sino en la verdad que Dios ha revelado y de la que ha vivido la Iglesia a lo largo de la historia. Esta libertad pone al hombre en la necesidad de juzgar, elegir, creer, amar... La razón de ser de la libertad dada por san Felipe a sus hijos es el crecimiento en la virtud, más allá de la apariencia externa, y más allá también del condicionamiento de las normas y las rutinas establecidas, que tanto ayudan quizá en la vida de otras instituciones eclesiales. La educación de san Felipe no se fundamenta en el condicionamiento del pensamiento y de la conducta. El progreso de la virtud del espíritu no se construye sobre la imposición de buenas prácticas y costumbres, sino justamente en el ejercicio constante de la libertad. La educación en la fe que practica san Felipe, no se fundamenta en la obediencia a normas y criterios minuciosos, sino en la necesidad de tener que enjuiciar y elegir a cada instante. Esa es la forma en que san Felipe pone en juego las capacidades más altas que el hombre ha recibido de Dios: la inteligencia, la voluntad, la libertad.